

Pastoralia

Serie: CELEP – Una década al servicio de Jesucristo

Teología:

La Vida en el Espíritu Santo

Los Signos de los Tiempos

Parábola del Ovillo Enredado

Compromiso de Fe y Vida

Diversos Autores

TEOLOGÍA

Artículo publicado en el 2º semestre de 1984

Revista Pastoralia n^{os}. 12/13 – Año 6 – Páginas 155 a 183



TEOLOGÍA

ÍNDICE

	Página
1. La Vida en el Espíritu Santo Informe de la Conferencia en Tlayacapan 1984	3
2. Los Signos de los Tiempos Junta Directiva y el Secretariado de CLAI	8
3. Parábola del Ovillo Enredado Juan Damián	12
4. Compromiso de Fe y Vida CELEP	23

TEOLOGÍA

La Vida en el Espíritu Santo

Preámbulo

Nosotros, 37 teólogos de misiones del Mundo de los Dos Tercios, nos reunimos en Tlayacapan, México, del 28 de mayo al 1º de junio de 1984 para estudiar, orar y adorar juntos. El tema de nuestra reunión fue “La vida en el Espíritu Santo”.

Esta conferencia fue continuación de la primera reunión que tuvimos en Bangkok, en marzo de 1982. Nuevos participantes se nos han unido en el desarrollo de nuestra comprensión de nosotros mismos como teólogos de la misión, procedentes del Mundo de los Dos Tercios. En Bangkok, buscamos articular nuestra fe en Jesucristo el Señor en los contextos de pobreza, impotencia, opresión y pluralismo religioso que representamos. En México hemos intentado comprender cómo la persona y la obra del Espíritu Santo se relacionan con los contextos de otras tradiciones religiosas y movimientos que buscan la transformación social de nuestro tiempo. Nuestro propósito ha sido aprender cómo podemos vivir y dar testimonio en el Espíritu Santo de la singular revelación de Jesucristo, el Señor de la historia y Redentor del universo.

Percibimos un sentido de dirección y oportunidad en las preocupaciones que nos reúnen desde nuestros diversos contextos ministeriales. Creemos que se lo debemos a las iglesias, comunidades eclesiales e instituciones de las cuales procedemos para compartir los frutos de nuestras reflexiones, de tal manera que podamos estimularles y animarles para despertar entre ellas un sentir similar del *kairós* del Espíritu Santo en nuestra generación.

Definición

Estudiamos y discutimos acerca de la persona y la labor del Espíritu Santo a la luz de las Escrituras. La naturaleza personal del Espíritu es cómo el “Dios intermediario”, (*) que procede del Padre en el nombre del Hijo. Ellos son una tri-unidad, una comunidad de amor, en la que el Espíritu es el poder personal quien hace posibles la unidad y la misión de Dios. El amor que fluye de la comunidad divina se revela en la creación y se completa en la redención. La redención lleva a una nueva creación donde el Reino de Dios se revela definitivamente cuando todas las cosas sean reconciliadas con su creador.

El Espíritu Santo es Dios que realiza su misión; el Espíritu Santo es quien lleva a cabo la voluntad y los propósitos de Dios. El Espíritu da continuamente testimonio en el orden creado y en la historia, y da testimonio redentoramente en la tarea de reconciliación de Jesucristo en el mundo.

(*) N. de la D.: Hemos traducido por “Dios intermediario” la expresión “Go-Between God”, tomada del título del libro de John V. Taylor, *The Go-Between God, The Holy Spirit and the Christian Mission*.

El trabajo creador del Espíritu puede observarse en todas las esferas de la vida: social, política, económica, cultural, ecológica, biológica y religiosa. Puede percibirse en cualquier cosa que intensifique la sensibilidad hacia las necesidades de la gente; en lo que cree comunidad y construya sociedades más justas y pacíficas; en lo que capacite a la gente para vivir en una mayor libertad para tomar decisiones responsables para alcanzar la plenitud de vida. Puede observarse en cualquier cosa que haga que la gente se sacrifique por el bien común y por el bienestar ecológico de la tierra; que se ponga al lado de los pobres, los marginados y los, oprimidos, a la vez que viva en solidaridad con ellos para su superación y liberación; y que construya relaciones amorosas y reconstruya instituciones de acuerdo con los valores del Reino de Dios.

Todas estas actividades son “sacramentos de la vida” que glorifican a Dios. Solo pueden ocurrir a través del poder del Espíritu Santo.

Podemos identificar la labor redentora del Espíritu en todas las personas y acontecimientos que testifican y enseñan la verdad de la persona y la tarea salvadora de Cristo Jesús, y que hace que las personas se arrepientan de sus pecados y le entreguen sus vidas a Él como Señor y Salvador (1 Cor. 15:2,3; Jn. 16:8-11; 14:15-17).

Podemos discernir la presencia del Espíritu Santo en la gente que expresa una fe explícita en nuestro Señor Jesucristo por medio de confesiones verbales, oraciones, celebraciones de alabanza y adoración y de la cena del Señor; y en la gente que se somete a la autoridad de las Sagradas Escrituras y las obedece (Jn. 15:26; Rom. 10:9-10; Hch. 2:1.47; 2 Tim. 3:16,17; Jn. 16:12-15; 2 Ped. 1:21).

Podemos discernir la presencia del Espíritu en la gente que se identifica con sus semejantes en auto-humillación e impotencia, y que actúa en solidaridad con sus sufrimientos de manera humilde y discreta que evita la espectacularidad y la arrogancia. Utilizan el poder, no para dominar, sino para servirse los unos a los otros, trascendiendo aun la igualdad (Mr. 10:42-44; Ef. 5:18-21; Fil. 2:5-11; 3:3-11; Is. 53).

Podemos identificar el trabajo del Espíritu en las gentes que se están reconciliando, entre quienes todas las barreras culturales, raciales y nacionales se derrumban; son los que están siendo constituidos en un nuevo pueblo de entre los muchos que hay en la humanidad y quienes manifiestan la paz y la justicia del Reino de Dios para todos (Ef. 2:16-18; Rom. 14:17; 1 Ped. 2:9).

Podemos ver al Espíritu en la gente que está dispuesta a dialogar con otros en sus respectivas tradiciones religiosas y comunidades y que comparten sus luchas, temores y aspiraciones en la esperanza de que en Cristo encontrarán el objetivo de su búsqueda (Hech. 19:8-10; Jn. 4:5-26).

Podemos discernir el Espíritu en la gente que anhela que el Espíritu les infunda nueva vida a las comunidades sufrientes, desoladas e impotentes, en la gente que se entrega a la realización de la visión del reino tal como se manifestó en la enseñanza de nuestro Señor y de los apóstoles, por todos los medios que Dios da (Mt. 5-7; 25:14-46; Hech. 26:19; 1 Cor. 15:51-58).

Podemos identificar la presencia del Espíritu en la gente que se arrepiente y reconoce su falta de santidad y visión, su sordera espiritual y su obediencia inadecuada a la totalidad de la vida en el Espíritu; que continuamente se esfuerza por buscar la

perfección; los que tratan de discernir entre la verdad y el error, Cristo y Anticristo, el poder salvador del evangelio y los argumentos ilusorios de todos los esquemas de salvación humanos (Jn. 16:8-11; Fil. 3:12-14; Mt. 5:48; 1 Jn. 4:1-6; Jn. 16:12-14; 1 Cor. 15:3).

El Espíritu garantiza el pleno goce futuro de la libertad de una vida nueva, y hace de esa nueva vida una señal de esperanza para el universo. Todos aquellos que digan que han nacido del Espíritu y disfrutan de esa vida deben demostrar en sus vidas y en su comportamiento social el fruto de amor que procede del Espíritu. El amor, el gozo, la paz, la libertad y la justicia del Reino deben marcar el estilo de vida personal y colectivo de los creyentes, especialmente en su servicio liberador a favor del mundo. No podemos reclamar gloria propia. Pero podemos servir con confianza porque cualquier cosa que sucede en la historia mundial depende solamente del Espíritu de Dios (Gál. 5:22,23; Rom. 14:17; Ef., 1:13,14).

El Espíritu Santo y la iglesia

Hemos aprendido nuevamente de las Escrituras que el Espíritu Santo es el que da energía a la iglesia para la misión. Puesto que la iglesia es el centro de los propósitos redentores de Dios para el mundo, es esencial que sea llena del Espíritu de Dios, y motivada y guiada por el mismo Espíritu.

Nuestras congregaciones deben convertirse en centros a través de los cuales nuestro prójimo pueda reconocer y aceptar el amor de Dios. Mientras buscamos darle expresión a la nueva vida que el Espíritu nos ha traído, no reclamamos tener el monopolio del Espíritu. Debemos promover más visiblemente nuestra unidad en la diversidad. Necesitamos equipar a todo el cuerpo de Cristo para el ministerio alentando, desarrollando y utilizando los dones dados por el Espíritu a cada creyente, para ponerlos al servicio de otros. El hecho de que haya un creciente número de creyentes debe impulsarnos a mejorar la calidad de nuestro desarrollo cristiano, porque el crecimiento numérico debería ser compatible con nuestra fidelidad a las pautas del reino. Nuestra enseñanza debería ser sensible a los contextos donde vive y trabaja cada cristiano, la familia y la comunidad, para que el evangelio pueda ser internalizado para la obediencia en la praxis y no solamente para la comprensión intelectual de las doctrinas (1 Cor. 12:1-30; Gál. 4:1-16; Sant. 2:14-16).

El Espíritu Santo y otras tradiciones religiosas

Hemos intentado explorar la relación del Espíritu Santo con otras tradiciones religiosas. Hemos tomado la religión como “tradiciones de respuesta a la realidad trascendental que el Espíritu ha puesto ante los ojos de la gente”. No queremos decir que cualquier religión es o contiene la verdad que el Espíritu ha revelado, pero que es así como diferentes pueblos han respondido a aquello de lo que el Espíritu les ha hecho conscientes en sus propias experiencias. Ninguna religión está totalmente desprovista del testimonio del Espíritu. Pero ninguna religión es totalmente receptiva de las indicaciones del Espíritu. En cada religión se da, en diferentes grados, la preparación del Espíritu para la siembra del evangelio.

La espiritualidad cristiana difiere de las experiencias precristianas o de otra naturaleza. Esto es así, puesto que a través del evangelio la gente es capacitada por el Espíritu para apelar a Jesucristo como el cumplimiento final y único de aquello que falta en todas las “religiosidades”. Así, el evangelio provee un patrón para evaluar todas las

tradiciones religiosas. Este patrón es el mismo Cristo (y no ninguna forma de cristianismo). El encuentro de la revelación cristiana con otras religiones no es, por lo tanto, el encuentro de sistemas mutuamente excluyentes. Se sabe que personas de otras convicciones religiosas han descubierto en Cristo la respuesta a preguntas que surgieron en sus propias tradiciones. Creemos que tales experiencias indican, la actividad soberana del Espíritu Santo en el seno de otras religiones (Hch. 14:14-18; Hch. 17:22-31; Rom. 1: 18-25; 2:7-16).

Así, cuando testificamos de Cristo en diálogo con personas de otras religiones, podemos aceptar su integridad mientras afirmamos la supremacía de Cristo. Tal testimonio en el Espíritu Santo no consiste, pues, en ejercer coerción, sino en crear oportunidades para que ocurra este reconocimiento de Cristo como Señor y Redentor. Donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad (2 Cor. 3:7).

El Espíritu Santo y los movimientos de transformación social

Vivimos en contextos de pobreza masiva, tiranía feudal, corrupción burocrática y discriminación étnica y de clases. Hemos discutido la relación especial entre las Buenas Nuevas de Jesucristo y los pobres, tal como se ejemplifica en su unción por el Espíritu para llevar las Buenas Nuevas a los pobres. Aunque las Buenas Nuevas son para todo el mundo, la naturaleza de esas Buenas Nuevas está determinada por su relación con los pobres. Tales Buenas Nuevas, enfocadas en los pobres, define las Buenas Nuevas que han de ser predicadas a los ricos. El poder del evangelio se demuestra cuando los ricos responden.

Afirmamos que el Espíritu está operando en movimientos de ayuda, desarrollo y transformación social doquiera que tal transformación tenga como resultado la justicia con los pobres y a favor de ellos. Reconocemos que nuestra tradición evangélica tiene una herencia de involucramiento práctico en la mitigación del sufrimiento humano. Con la ayuda del Espíritu intentamos discernir su dirección para cooperar con movimientos y grupos que tienen orientación secular o de otra naturaleza. Tal compromiso cristiano tiene, por derecho propio, el carácter de testimonio de las Buenas Nuevas.

Para ser fieles al Espíritu que “se pone a nuestro lado”, tenemos que “ponernos al lado” de tales movimientos, no aceptando irrestrictamente su agenda, sino con la agenda del Espíritu. El Espíritu se preocupa por producir la democratización, la socialización del poder y la justa distribución de las riquezas. El nos llama a servir como testigos contra los intereses creados que haya entre quienes estén involucrados en estas luchas por el poder, y como canales de comunicación entre facciones rivales que persigan las mismas metas. Nuestra participación debe retener su distintivo carácter cristiano y su dimensión evangelística. Necesitamos precaución, discernimiento y más reflexión para descubrir el tipo de obediencia cristiana que se requiere de nosotros en situaciones de miseria humana y explotación (Lc. 4:18-20; Is. 11:1-5; 61:1-32; Mt. 11:2-5; Jn. 14:16; 15:26).

Asuntos que necesitan más estudio y reflexión

Discutimos el discernimiento de espíritus, especialmente el discernimiento de la presencia y actividad del Espíritu Santo en las situaciones de conflicto de “espíritus”, en fenómenos de posesión por espíritus y en la religiosidad popular, especialmente la religiosidad popular del Catolicismo Romano en América Latina. Para la comprensión adecuada de la persona y obra del Espíritu Santo se requerirá que se incluyan las

afirmaciones bíblicas acerca del Espíritu Santo como el Espíritu de verdad y como el Espíritu de Cristo, quien es la verdad.

El problema del discernimiento de espíritus se manifiesta en varias formas, y no solo en el conflicto de espíritus. Observamos que hay fenómenos 'como el hablar en lenguas, profecías, sanidades, visiones y milagros. Ya sea que se manifiesten en iglesias de orientación carismática o en otras tradiciones religiosas, la pregunta que surge de este tipo de fenómenos es cómo discernir cuándo la fuente de tal demostración es el Espíritu Santo y cuándo se trata de otro espíritu.

No llegamos a ninguna conclusión específica. Pero, quedó claro que cualquier prueba adecuada acerca del genuino carácter cristiano de estas manifestaciones debe incluir el tipo de actitud que fomenta hacia el Señor Jesucristo y cómo promueve el fruto del Espíritu, que es el amor (1 Cor. 12:3; Gál. 5:22).

El Espíritu Santo es un miembro de la Trinidad circunspecto y que se oculta a sí mismo. No se glorifica a sí mismo, sino al Padre y al Hijo. Así, el testimonio en debilidad y vulnerabilidad, más que desde posiciones de poder y afluencia, testifica de su presencia en la conducción de la misión. Un poderoso ejemplo es cómo la iglesia en China creció entre 1949 y 1976 sin ningún tipo de ayuda de misiones extranjeras. Por contraste, mucho de nuestra práctica misionera muestra signos de actitudes dominantes y tiránicas. No tenemos soluciones fáciles y confesamos nuestra propia pecaminosidad. Pedimos a nuestras hermanas y hermanos que se unan a nosotros en la búsqueda de la capacitación del Espíritu para ser testigos humildes y anónimos.

Conclusión

Aunque no podemos definir los límites de la presencia y actividad del Espíritu en el mundo, sí conocemos el núcleo, esto es, la manifestación visible de la nueva vida en el Espíritu Santo bajo el señorío de Cristo en la iglesia, el cuerpo de Cristo.

Así pues, entregamos nuestro informe de esta conferencia con la ferviente esperanza de que muchas hermanas y hermanos cristianos se unan a nosotros en oración y trabajo por una mayor fidelidad de la iglesia en su misión de ser testigo, en el poder del Espíritu Santo, de aquel que vino para que todos tengan vida, y la tengan en abundancia.

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén. (Ef. 3:20,21).

* * * *

Los Signos de los Tiempos (*)

Los cristianos vivimos hoy en nuestra América, con la alegría que nace de la fe y de la esperanza que la promesa del Señor confirma cada día, en millones de creyentes en nuestro Continente, pero también con el profundo dolor que el amor que el Espíritu derrama en nuestros corazones nos hace sentir ante tanto sufrimiento injusto y tanta muerte inocente que pesa sobre nuestros pueblos.

Sabemos que Dios está obrando en nuestra inquieta y conflictiva historia mundial y latinoamericana para hacer triunfar su propósito, para dar en Cristo una nueva vida a las mujeres y los hombres de nuestro pueblo y para transformar nuestra sociedad injusta y desigual. No siempre somos capaces de ver y de seguir las huellas de su paso.

A veces los prejuicios nos nublan la visión. Otras, una estrecha o deformada comprensión del evangelio o la preocupación excesiva por nosotros mismos, o nuestro aislamiento de la sociedad en que vivimos, no nos permite percibir el soplo del Espíritu que alienta en la búsqueda y en las esperanzas de nuestros pueblos. La Biblia nos enseña, además, que los “caminos de Dios no son nuestros caminos” ni “sus pensamientos nuestros pensamientos”. El triunfo de Dios se manifiesta frecuentemente bajo la forma de la cruz. Además, como la sabiduría popular suele decirlo, “Dios puede escribir derecho con renglones torcidos”.

Todo esto nos llama a ser sumamente humildes cuando tratamos de comprender “los signos de los tiempos”, señalar lo que Dios está haciendo hoy entre nosotros. Pero, aunque “vemos por espejo, oscuramente”, no andamos a ciegas. Dios nos ha dado en las Escrituras señales claras de su voluntad de justicia, de vida y de pan para nuestra humanidad. Y el Espíritu que el Señor prometió a su Iglesia nos da el discernimiento para percibir la presencia de ese propósito en los acontecimientos de nuestra historia. Por eso, con humildad, pero también con la osadía de la fe, nos atrevemos a señalar a nuestros hermanos cómo percibimos, hoy la obra poderosa del Señor en nuestra América Latina.

Brotos de nueva vida

En algunos países de nuestro continente, Dios ha permitido que brotes de nueva vida – aún frágiles y pequeños – hayan quebrado la superficie de un suelo endurecido y asolado por años de tiranía, represión y muerte. El alumbramiento de un gobierno democrático en Argentina, Uruguay y el camino hacia el mismo en Brasil, con todos sus problemas y perplejidades, significan un triunfo de la libertad, un espacio abierto a los pueblos para pensar y definir su futuro, para acometer nuevas tareas, para reclamar justicia y fundamentar en ella una verdadera unidad. A su vez, gobiernos que recojan y expresen la auténtica voluntad de paz de la inmensa mayoría de esas naciones podrán resolver las tensiones internacionales que nos amenazan y desmontar la militarización y carrera armamentista que pesa tan gravemente sobre nuestros escasos recursos.

(*) N. de la D.: El presente documento fue adoptado oficialmente por la Junta Directiva del CLAI, en su reunión de febrero de 1985 (en La Paz, Bolivia), para distribuir entre las Iglesias de América Latina. Al ponerlo a disposición de nuestros lectores, lo hacemos con el propósito de que se constituya en objeto de reflexión y estudio, tanto personal como en el seno de la comunidad de fieles a la que cada uno pertenece.

Al mismo tiempo, en la lucha por la justicia comprobamos las tormentas que se abaten sobre esos tiernos brotes, tanto por los intereses de grupos que a toda costa luchan por mantener sus posiciones de privilegio a costa de los pobres, como por la injusticia de un orden económico internacional cuya inmoralidad clama el cielo. Encerrados entre las pinzas de este sistema los países se debaten entre el peso de deudas desigualmente pactadas y aumentadas constantemente por decisiones unilaterales de los acreedores, deudas que debemos pagar con el salario de los pobres, con la salud de nuestro pueblo, con el creciente subdesarrollo, o negarnos a hacerlo y caer bajo las sanciones que producen similares consecuencias. El mensaje profético contra la opresión del pobre, la injusticia y la usura cobra total actualidad, ahora a nivel internacional. La creación de un nuevo orden económico internacional, que hace años aprobó las Naciones Unidas, se ha transformado, no ya en un problema técnico sino en una obligación moral, que pesa especialmente sobre la conciencia cristiana con una condición de justicia.

Este combate por la justicia tiene lugar también al interior de nuestros países, no solamente por las condiciones de monstruosa desigualdad “que claman al cielo” y que iglesias de todas las denominaciones han denunciado repetidamente como una ofensa al Dios y Padre de todos los hombres, sino también, más recientemente, por una economía basada en la especulación financiera, que en lugar de estimular una producción que aumente los recursos que la comunidad necesita, invierte en el ámbito financiero, estimulando la inflación y minando cada vez más la condición de los más humildes y aun de las clases medias. Una economía que gira en torno al dinero en lugar del trabajo y la producción de bienes útiles, es una afrenta a la creación de Dios. Los cristianos no podemos seguir siendo ingenuos, creyendo que estas cosas pertenecen a un campo técnico que debemos dejar a los expertos. Más bien, debemos tratar de comprender estos mecanismos de injusticia, que representan intereses contrarios a la vida que Dios quiere para todos sus hijos. Cuando el Apocalipsis describe a “la bestia que hace matar a todo el que no la adora”, que impone su marca sobre la frente de todos “y que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia” ¿no hallamos – aparte de cualquier interpretación también legítima – una descripción de este sistema de muerte bajo el cual se empobrece hoy y entra en crisis todo nuestro mundo? Pero también sabemos que nuestra lucha no es estéril “porque la salvación, y el poder, y el Reino es de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo” (Apoc. 12:10).

La búsqueda de paz

La violencia no es nueva, desgraciadamente, para nuestros pueblos. Los indígenas la sufrieron desde los albores de la conquista europea como genocidio, los campesinos como explotación, quienes buscaron de una y otra manera justicia, como represión. Hoy contemplamos con horror la escalada de todas estas formas de destrucción de la vida: la violencia que nace de la miseria en las grandes ciudades, las luchas de pueblos que desesperan de hallar por otro medio la justicia, el terrorismo de pequeños grupos sectarios e ideologizados y la omnipresente represión, metódica, fría, brutal – la de la tortura, las desapariciones, los asesinatos en masa – burlándose de toda justicia, de todo derecho, de toda humanidad, a menudo inspirada, financiada o directamente instruida y dirigida desde centros internacionales de poder.

Y sin embargo, la clara voluntad de nuestros pueblos es voluntad de paz. Como cristianos sabemos que la única paz verdadera y durable, la que nuestro Dios quiere y ofrece, es la que nace de la justicia y la verdad. Por eso tenemos que discernir entre esa paz verdadera y una caricatura de paz que a veces nos ofrecen, que se asienta en la opresión y el aniquilamiento. En las luchas que hoy se libran en nuestro continente, los creyentes no podemos conformarnos con clamar contra la violencia; debemos afirmar las condiciones de una paz auténtica. Una paz que sólo puede lograrse cuando los pueblos participan en las decisiones sobre su propio destino, cuando tienen la libertad de organizar su futuro libres de las presiones de las grandes potencias que los utilizan para librar en sus territorios y con sus pueblos sus luchas por sus intereses y hegemonías, cuando los pueblos disponen realmente de los recursos que su país y su trabajo producen y estos son distribuidos equitativamente. Paz es salud, es seguridad, es familia y amor, es trabajo, habitación, vestido y comida, es alegría y celebración.

La violencia es en América Latina la temperatura que revela la gravedad de un cuerpo enfermo. Importa que baje la temperatura, y los cristianos debemos esforzarnos por lograrlo. Pero importa más aún que el enfermo se cure de veras. Y esa cura se llama justicia y libertad – libertad con justicia y justicia con libertad. Eso es lo que nuestros pueblos buscan. Y esa búsqueda es un signo de la presencia del Espíritu de justicia y de libertad.

En esta convicción se basa nuestra permanente defensa del derecho del pueblo nicaragüense, y de los demás pueblos centroamericanos y caribeños, a darse su propio gobierno y sistema de vida, en respuesta a necesidades y clamores largamente postergados (Sal. 11:5); así como también nuestro firme repudio de la cínica intervención del gobierno norteamericano en esa región y en todo el continente, a través de toda nuestra historia, más condenable aún, cuando pretende escudarse en valores “cristianos” que de ningún modo encarna ni respeta (Sal. 73:8,9).

Un cántico nuevo

En medio de sus luchas, sus sufrimientos y sus esperanzas, América Latina vive un despertar de la fe. ¿no es ese el más importante, el más profundo, el más esperanzado signo de nuestro tiempo latinoamericano? Hay hambre y sed del evangelio: en país tras país, aun en medio de las circunstancias más difíciles, hombres, mujeres y niños – a menudo los más pobres y marginados – acuden a escuchar la Buena Nueva de Jesucristo y se convierten al Señor. A lo largo y ancho del continente se forman cientos de miles de comunidades de fe, de lectura de la Biblia, de oración y de servicio, de hermandad no como células aisladas e introvertidas sino como una comunidad abierta y solidaria con la sociedad que la rodea. Millares de mujeres y de jóvenes, de todas las iglesias, ministros y laicos, asumen un compromiso con los que sufren, corriendo el riesgo de la incompreensión, la calumnia, la persecución y la muerte, movidos por el amor de Jesucristo. La lista de los que han sellado con su sangre ese compromiso crece en nuestro continente; el Enemigo ha procurado borrarlos de la historia de los hombres. Pero nadie podrá borrar sus nombres del Libro de la Vida.

Cómo no ver como una señal de la presencia del Espíritu ese inmenso caudal de alegría de fe, de entusiasmo, de oración que se manifiesta en los cantos que brotan desde todas partes de nuestras tierras? En los ritmos que aman nuestros pueblos, con las palabras sencillas y directas de los Salmos y del Evangelio, en expresión de solidaridad, de amor y de consagración, a menudo compuestos por grupos de jóvenes, por comun-

idades, los creyentes cantamos nuestra esperanza, la seguridad de la presencia del Señor, la confianza en el poder del Espíritu. Es tiempo de dolor, pero es tiempo de canto para los creyentes latinoamericanos. Cómo lo fue para las iglesias del Nuevo Testamento. Como lo ha sido siempre que el Espíritu renovó a la Iglesia.

Precisamente por todo esto, nuestra responsabilidad como iglesias de Jesucristo es más grave. Precisamente porque el Espíritu ha abierto una puerta grande al testimonio, tenemos la obligación de buscar la mayor fidelidad en nuestro mensaje y en nuestras actitudes, para que sea la Palabra de amor y de perdón, el reclamo profético de justicia, el llamado al servicio, el auténtico evangelio lo que resuene desde nuestros púlpitos y se refleje en nuestras acciones. ¿Cómo podríamos responder ante el juicio de Dios y de nuestra historia si, en lugar del verdadero Pan, sólo ofrecemos las ‘piedras’ de un evangelio truncado, mutilado, estrechado, un mensaje que lleva a actitudes egoístas de aislamiento, de despreocupación por los sufrimientos de los demás, de esperanza solamente ultraterrena e individual, de desinterés por la sociedad en que vivimos? ¿Cómo podríamos inspirar un verdadero compromiso de fe si nuestra palabra no nace de una profunda relación con el Señor, de una vida de oración y alabanza, de una lectura asidua y siempre atenta de la Escritura, de una vida de comunión fraternal con los hermanos? Por todo esto, debemos pedir fervientemente al Señor que nos inspire para que seamos la Iglesia que él quiere y necesita para responder al clamor que su mismo Espíritu despierta en nuestros pueblos.

¿Qué Espíritu nos ha dado Dios?

Seguramente Dios, en su misericordia, está marcando este tiempo de lucha y dolor como un tiempo de alumbramiento. Las señales que percibimos, aunque no seamos capaces de interpretarlas plenamente, nos indican que este es un momento propicio, que el Señor visita a nuestro pueblo. Es una hora. Y nosotros somos llamados a responder. Son señales que nos convocan a participar en el combate por la libertad. Por la paz, por la justicia, por la fe y la evangelización de nuestros pueblos. Tal vez la inmensidad del compromiso, la enormidad de los obstáculos y la pequeñez de nuestros recursos materiales y humanos pueden hacernos sentir insuficientes. Si ello nos lleva a la humildad, bien está. Pero que no nos lleve a acobardarnos. Porque no confiamos en nuestras fuerzas sino en el poder del Espíritu. Y el Espíritu que nos ha sido dado “no es espíritu de temor, sino un espíritu de poder, de amor y de buen sentido” (2 Tim. 1:7). ¿Qué otra cosa necesitamos? El “amor” que nos compromete con todos los que tienen necesidad, “el buen sentido” – la disciplina propia, la sobriedad y uso inteligente de nuestro esfuerzo y nuestros dones – que nos lleva a trabajar consciente e inteligentemente y “el poder” del Espíritu que lleva nuestro testimonio y servicio más allá de los límites de nuestras propias fuerzas. En este Espíritu confiamos y en él invitamos a todos los creyentes a unirse con confianza y alegría en un “Aleluya” de alabanza y de invocación: “¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque él juzga rectamente y con verdad”. (Apoc. 19: 1,2a).

En la esperanza, y en la paz que nos comunica Jesucristo.

Por la Junta Directiva y el Secretariado de CLAI.

* * * *

Parábola del Ovillo Enredado (*)

Juan Damián

Todo el mundo habla de Boff. De Ratzinger de rebote. Juan Pablo II, el árbitro, dio el pitazo final. Terminó el partido 0 a 0. El estadio está lleno, colmadas las tribunas. El mundo expectante. No hay canal, radio o diario que no haya comentado el encuentro (o enfrentamiento). Hubo alargue, pero terminó sin goles. Ambos contrincantes se saludan. No hubo perdedores. No hubo ganadores. ¿Será verdad? eso es lo que la gente comenta. Para algunos jugó mejor Boff, firme, seguro... buena defensa. Ratzinger, con algunos ataques, pero también a la retaguardia.

A la verdad – dice el periodista – el público se vio algo frustrado. Pero pasan los días y la gente sigue opinando y comentando el partido. Que el director técnico Evaristo Arns, lo tenía en muy buenas condiciones físicas. Que el fútbol brasileño, más ágil que el europeo. Que la “torcida” brasileña estaba con todo...

Esta caricatura un tanto irrespetuosa si quieren, pretende revelar, sacudir, y hasta ridiculizar a las hinchadas, a nosotros, que corremos el riesgo de ver “el partido de afuera”, opinar cualquier cosa desde nuestro fervor superficial, o dejarnos llevar por la manipulación interesada de los grandes medios masivos. En definitiva, no estar bien, pero bien informados, y por tanto no ser críticos.

De eso se trata en este trabajo. Simplemente del empeño de ser críticos. Al fin y al cabo como CLAI debemos decir (aunque sea para adentro) nuestra palabra, y sería, apuntando al futuro.

Creo que las cosas más profundas de la vida se han dicho en parábolas. Cristo fue uno. Por algo habrá sido. Es como si en su simplicidad, todos pudieran participar como protagonistas. Parábolas y chistes son muy semejantes, y es lo primero que hace el pueblo para defenderse de las censuras y opresiones, o festejar liberaciones.

Boff, ¿de moda? Como índice sirva esta experiencia. Durante noviembre y diciembre, sin pedirles me llegan 42 publicaciones, desde revistas de teología hasta boletines de iglesias hablando del “affaire” Boff. En Uruguay, país anticlerical, los 6 diarios y 12 semanarios, a su modo, dieron su posición.

Pasa hermanos, que el asunto Boff es como un ovillo o una madeja toda enredada con varios, muchos y distintos hilos. Y hay que desenredar para ver de donde vienen las puntas. El ovillo hace años – diríamos décadas – que se viene armando o enredando. Es complejo.

(*) N. de la D.: Esta ponencia fue leída en un breve seminario sobre Teología de la Liberación, celebrado en Sudamérica. De acuerdo con las observaciones de su autor, el trabajo – tanto por su contenido como por su forma – busca provocar al lector a la reflexión crítica. Hemos respetado el estilo, pero hemos eliminado una sección de la parte final, por estar relacionada directamente con circunstancias particulares del seminario de referencia.

Hay un hilo de "Teología de Liberación", y tiene punta. Hay otro hilo "Celam". Viene de Medellín y pasa por Puebla. Otro es el "Vaticano", otro distinto de "Juan Pablo II." Otro de Brasil (medio rojo), con las pelusas de las "Comunidades de Base". Hay hilos que parecen sueltos. Muy gastado uno, "del pueblo". Otro, duro y fuerte, de regímenes autoritarios. Otro más, metido por todas partes, de los grupos de poder y medios masivos. Y finalmente, un hilo suelto, pero no del todo: el protestante.

Es capaz que al desenredar uno, se desenredan otros. Por eso vamos a ir trabajando con varios a la vez.

Teología de la Liberación (TL) el hilo que no pudieron cortar

Muchos hablan de la TL, pero pocos saben de su origen.

La TL nació en cuna burguesa, no brotó del pueblo. Fue un producto de clase media. Y es verdad. Son los primeros en reconocerlos los católicos Gustavo Gutiérrez y Juan Luis Segundo, y los protestantes Míguez Bonino y Rubem Alves.

Y no tiene nada de malo. Uno se pregunta qué cosa nació, real y puramente, del pueblo en esta América Latina, sin que haya sido antes un pinchazo o una manija burguesa. Y nos quedaríamos paralizados, al principio... Pero, en fin, para distinguir, y para el análisis.

El pueblo siempre ha sido el gran dominado. Y la dominación trae atrofia o hipertrofia de LO NUEVO, bien envuelta de miedo. El cambio, el progreso, la renovación, y la revolución (por supuesto), siempre han sido lujos, que nos damos sólo los burgueses en empezar.

La TL todavía conserva el sabor a incienso de su origen católico. Y eso es importante, porque lo primero que quisieron hacer los TL es abrir las ventanas y sacarse de encima el olor.

En verdad que los primeros molestos fueron los estudiantes. Todo nació de una picadura que atacó por igual a universitarios y sacerdotes asesores o profesores, o responsables o en contacto con la pastoral universitaria.

Estamos a principios de la década del 60, muy cerca del Concilio Vaticano II (64-65). Los universitarios cristianos cuestionados por la óptica y temática marxista sobre la cultura, descubren algo importante, tremendo. Se han dado cuenta de que esa cultura es un telón de palabras que corre la clase dominante para tapar las escenas de la realidad.

El primer golpe entonces es a la pantalla que tapa todo. Y la rompieron. El primer hallazgo entonces, será la mentira de la realidad (sociedad). El tema de la justicia sobre la dominación será el segundo paso.

Como la religión también es un fenómeno cultural (en la superestructura), no saben que hacer con "el opio del pueblo". Ahí justamente surgen nudos. Nada del adoctrinamiento pasado les resulta digerible. Más aún, es Intolerable. Lo interpretan como justificación sacralizada de la dominación. Así comienzan a caer muchos temas teológicos, empezando por la Iglesia, siguiendo por la fe y Dios, el pecado, los sacramentos. Sólo queda Jesús, y desnudo en la cruz. Es que descubrieron al pobre oprimido.

Conclusión: El primer sujeto de la TL es el universitario y su problemática. El objeto el pobre oprimido. Ahora continua lo que todos bien sabemos. Sobre esta materia prima de la angustia crítica de la clase media, de estudiantes y profesionales, con sinceridad, coraje y autenticidad comienza la reflexión, las ponencias y los libros de la primera TL.

El Vaticano II con su documento – famoso, el XII – “La Iglesia en el mundo”, da un golpe de gracia, o un golpe de Roma (soporte autorizado). Y la clase media católica, en toda América Latina empieza con convulsiones, náuseas, vómitos, pero terminan liberándose a la fiebre. Se sacan el gran peso de encima. Y de “religión enajenante” pasa a ser fe fermental y transformante, por reunir en dos fórmulas pragmáticas la densidad temática de la primera TL.

Del 68 a 72, universitarios y seminaristas, curas y laicos católicos, no sin pastores y laicos protestantes, y cuanto miembro lúcido de clase media hay, empiezan a morder con avidez las primeras articulaciones sistematizadas de la nueva teología latino-americana.

Hasta ahora estamos con un solo hilo, el de la TL. Pero estamos llenos de nudos por todas partes en el ovillo. Por favor, no me pongan nervioso, vamos despacio, que está muy enredado.

Hablando mal y pronto, diríamos los burgueses, pero “bien y fácil” diría el pueblo, podemos resumir la TL como una casa de planta baja con sótano.

Describamos el plano de la planta baja o el primer piso... Se desprivatiza la fe. Se privilegia como tema teológico la liberación, archivando la salvación individual. Más o menos acelerada esa fe se va politizando de apuro (de acuerdo y dependiendo de contextos distintos). La Biblia no se arrinconan. Al contrario, se la trae a primer plano. Pero, claro toda no, fragmentos, pedazos. Toda ella y junta sería muy contradictoria. Bueno, después de todo no es ningún pecado. Lo mismo hizo Cristo con el A.T., los Santos Padres con el Viejo y con el Nuevo, todos los Concilios, Lutero y todos los reformadores, ¿Por qué vamos a ser menos los del tercer mundo? (A esta etapa corresponde el texto clásico de la TL de Gustavo).

Entonces el texto del éxodo, empieza su éxodo por toda América Latina. El Mar Rojo se pone de moda, y otra vez árabes y judíos en líos (bueno, egipcios y hebreos). Toda América Latina es una avalancha de Éxodo, Levítico y Deuteronomio... Hasta que se descubre que el N.T. también aporta sus vetas conflictivas. No es tan individualista como parecía. Y empiezan a leerse con otros ojos las bienaventuranzas, el Cántico de María, muchas cosas de Lucas, el camello, la aguja, y el joven rico, la parábola del Juicio Final de Mateo 25, etc.

Hasta aquí el nivel explícito: el discurso declarado de la TL. Falta el implícito. Habrá que bajar al sótano, pero antes hay otro hilo por delante.

CELAM: el hilo de envolver paquetes

La Iglesia Romana recibe un empuje en América Latina a partir del 68. Medellín da vuelta como una media a los medios católicos (aquí encontramos el hilo “Celam”). Con la arremetida del episcopado brasileño sobre todo, y la ayuda a medias de otros, entre ellos

Silva Henríquez y sus chilenas huestes, el léxico, la fachada, y hasta el interior de los templos cambian.

Bueno, ...se nos dio vuelta la tanda publicitaria de la prédica. Los sermones se llenan de denuncias. Injusticias, explotación, opresión, se despachan a gritos como pedradas. Y en nombre del evangelio se insta a la liberación.

La Iglesia (católica) cambia de golpe de estilo. Hay denuncias. Pero hay también propaganda, con su consiguiente desfile de panfletos y "slogans". Ya no hay más "redención" o "salvación del alma". Entramos en la época de la "liberación integral", famosa fórmula católica.

Hasta allí llega Medellín con sus descripciones contra los males que azotan a América. Y de la noche a la mañana Cristo se hizo de izquierda.

Pero, ¿qué pasa con la gente que va a los templos? Aparentemente le han cambiado la religión. Altar y cura de frente, el latín en desgracia y los santos a la sacristía. Antes se hablaba de espiritualidad, oración, cielo, purgatorio, infierno y fuego y demás cosas lindas. Ahora se hace sociología y política: hambre, injusticias, analfabetismo.

Cambia la religión: rito, sermones, templos, pero no cambia la actitud, la dimensión y los contenidos de la fe. Sigue el mismo código tradicional. Es decir, desde la gente el receptor, cambian las palabras (magia verbal) pero no los significados. Entienden a Dios, igual que antes: a lo lejos y en el cielo; la confesión, descargo del sentimiento de culpa; la comunión, como la magia de Cristo en una ostia; la Virgen será sierva, pero igual seguirá Reina.

Ocurrió que la Iglesia vio la opresión de los gobiernos, de un sistema y fue crítica. Pero no quiso (o no pudo) ver la opresión en casa: autocrítica. Fue como muchos de nosotros, profetas "para afuera", no "para adentro".

Su estructura, trabada a fuego de siglos y con tornillos oxidados, se modernizó, se pintó... y hasta quedó linda, pero no se conmovió, ni siquiera cimbró. Por eso Medellín es a la vez una gran denuncia sin dejar de ser una gran propaganda (cambio de marca y "slogans", no de producto, o sea, de significados).

Quiso liberar al mundo sin liberar a su teología. Ni siquiera sospechó de ella misma.

El sótano de la teología

Y ahora sí, vamos al sótano. Es decir a lo que hicieron muy pocos: sumergirse hacia abajo en la sospecha de los significados teológicos; desmitificar la religión como instrumento sacral de la dominación, colonial primero, europea después, capitalista oligárquica al final. Es decir, liberar a la teología, o si quieren, hacer una teología que escapara de los moldes de un sistema que todo lo aprisiona y todo lo neutraliza, incluso el evangelio.

Al primer piso de la TL, al discurso de liberación del plano explícito (denuncia y propaganda), la burguesía llegó cómodamente, en auto y sin esfuerzo. En cambio el pueblo no... (Y ahora nos encontramos con este hilo tan manoseado: pueblo). Al sótano, a

la sospecha de los significados teológicos llegó una clase media, pero ni lejos todos. El pueblo o la masa católica siguió con sus peregrinaciones igual que antes: Luján en Buenos Aires, El Señor del Bonfim en Brasil, y las medias de Santa Rosa en Lima. El pueblo sigue objeto. ¿Sujeto, para cuándo?

El pueblo, desgastado hilo

(Ver Liberación de la Teología – J. L. Segundo)

En la década que va del 70 al 80 las cosas cambian. (Y ahora vamos con cuatro hilos a la vez: TL, pueblo, Celam-obispos, gobiernos autoritarios).

Ocurren cosas sintomáticas, algunas inesperadas, y otras hasta paradójales.

Los TL se convencieron de que el pueblo no entendió nada de nada. Basta un signo. Gustavo Gutiérrez deja la universidad y se va entre los pobres, a una barriada, en medio del pueblo.

En Brasil, Argentina, Uruguay, Chile después (con variantes en los países latinoamericanos) las dictaduras extirpan los influjos marxistas y todo brote crítico al sistema: es la época de la inmaculada concepción virginal de la Seguridad Nacional. En fin, para qué seguir hablando de cosas tan tristes...

Un poco más tarde (76), por primera vez sucede un fenómeno nuevo, en la Argentina. En la calle se juntan las masas y sus líderes sindicales con los intelectuales (como en el tango “Cambalache” de Discépolo). Profesionales, curas, escritores, artistas, estudiantes de ISEDET y pastores (¡no todos!), todos juntos; es que surge un populismo nuevo.

A todo esto, Cardenal, “enfant terrible”, hace de las suyas en Nicaragua somocista; Jon Sobrino defiende a los pobres en El Salvador; los curas villeros (barrios pobres en Argentina) aparecen en todas las revistas porteñas; y a las Comunidades de Base en Brasil no las para nadie.

Es lógico que ahora nos fascinemos con este hilo del pueblo. Pareciera que todo está por desenredarse al fin.

El pueblo es el gran protagonista, dice Perón en la Argentina.

El pueblo es hacedor de su destino, dice Helder, Evaristo y otros colegas brasileños.

El pobre: (pueblo) pasa de objeto a sujeto, dice ahora Gustavo.

Lucio Gera, un argentino, (cura sin almas) profesor del Seminario de Devoto es el precursor y personificador de una segunda etapa de la TL, o, si quieren, de una segunda TL. Su actitud clave es “ir al pueblo”. Su consigna teológica: aprender del pueblo. Su axioma: el pueblo tiene la llave de la liberación. Y se abre sólo con ella. Nadie tiene “copias”.

Pero la frase que a él y a otros los hace más felices es: “la fe del pueblo es la que evangeliza al teólogo”.

Y aquí aparece nuestra estrella invitada: Leonardo Boff. Ya había escrito muchas cosas, todas importantes y fecundas. Aunque faltaba su obra maestra: *Iglesia: carisma y poder*. Es la desencadenante del lío, previa al primer round con Ratzinger.

Boff se inscribe en esta segunda etapa. Y tiene un célebre artículo: “Teología escuchando al pueblo”.

(Se recomienda leer este artículo de Boff, al respecto)

Pueblo - Iglesia - Poder: crítica e interpretaciones

Fuera de las aprobaciones, surgen voces críticas a esta segunda teología:

a) Conciencia: Unos dicen, aprender del pueblo, ¿qué? ¿Acaso no entendieron a Paulo Freire? El pueblo tiene adentro la palabra de la dominación. Siempre fue usado, manipulado. Siempre su historia triste fue cambiar de dueños (¿burgueses?).

b) Aproximación: Y agregan estos críticos, pesimistas y suspicaces, que esta segunda TL difiere de la teología tradicional, en que la TL es más paternal y demagógica, que aquella, tan impositiva y autoritaria.

Insisten en la paradoja. Por un lado absolutizan al “pueblo”. Y después, en la práctica, le dicen qué tiene que hacer, llámese concientización, educación popular o evangelización.

c) Manipulación: Estos (no le perdonan ni a su madre) también cuestionan a las Comunidades de Base. Dicen que si mañana, por un acaso absurdo, todos los obispos fueran fascistas, la mayoría de estos grupos (en las faldas de sus líderes) que hoy gritan, en Domingo de Ramos, “Bendito el que viene en nombre del Señor”, gritarían igual que siempre, “queremos a Maluf, a Reagan, o a Barrabás, no a ese crucificado”.

d) Iglesia: “La Iglesia viene del pueblo...”. No, señor, la Iglesia se hace, crece y madura con el pueblo y entre el pueblo. Pero cuando toma conciencia ya no es masa, es minoría. (Aquí, ver “Masas y minorías” de J. L. Segundo). Entonces, señor, la Iglesia popular viene de Cristo, siempre y cuando sea crítica a la dominación del “sistema”.

e) Pobres: Se fomenta una “Iglesia de los pobres”. Los críticos hacen una paráfrasis peyorativa “No dejar que se escape la masa. Meterlos a todos dentro de la Iglesia. No a empujones, gritos o amenazas de infierno como antes, sino con la dulzura del Carpintero proletario. Así se mantiene poderosa”.

Estos (los criticones) abogan por una Iglesia para los pobres. (Guerra a las preposiciones). Una Iglesia fermental, en servicio de ellos y en función de ellos (supone toda una opción).

El hilo más resistente: Roma

Medellín (del 68), llevó en los 70 y pico a los católicos – laicos y sacerdotes y algunos obispos – a conflictos con los gobiernos militares, de facto y autoritarios, en pleno auge y bien pertrechados en sus aparatos represivos.

Ahora nos encontramos con el hilo duro Vaticano Roma. De muchos y variados modos Roma aconseja a obispos (en particular) y a Conferencias (obispos en general) mucha cautela y cuidado. Hay que aprender a convivir con esos regímenes y evitar grandes confrontaciones Todo sea por la subsistencia de la Católica Iglesia. Pero se esconde detrás la opresión (religiosa) del Vaticano en complicidad con el capitalismo y las oligarquías nacionales.

En el fondo, lo que importa es no perder masa. Sería entonces perder poder, y su futuro (el de la Iglesia) esta en América Latina. Así se explica Puebla, en el 78, a los 10 años de Medellín. Menos fresca, profética, crítica, pujante. Hubiera sido una regresión a los pre-Medellín, de no ser por el corajudo episcopado brasileño y otros obispos sueltos, como don Sergio, de otros puntos de América Latina.

Un hilo importado de Polonia

Salta otro hilo, difícil de agarrar, huidizo, de viaje en viaje. Es la personalidad fuerte, característica, original de Juan Pablo II, que antes que Papa, es polaco... (¡Y lógico!).

Nada difícil es hablar del Papa Wojtila. Actitud, pensamiento, estrategia, son claros. No quiere que los curas se metan en política. Por eso rezonga en público a Ernesto Cardenal. Sin embargo, no le parece mal que curas polacos den manija a Walesa y Solidaridad y se metan en política, enfrentando al régimen comunista polaco.

Antes que nada, lo primero que hay que salvar es la Iglesia institución, jerarquía con unidad monolítica, como la expuso el Concilio de Trento, de arriba hacia abajo. Para él, Cardenal y otros sacerdotes en Nicaragua, la dividen; en cambio, en Polonia, la mantienen unida frente al gobierno.

Así como es la Iglesia en Polonia, más poderosa que el gobierno, así quiere a la Iglesia latinoamericana. Por eso una cosa es la Iglesia “para afuera”, y otra “hacia adentro”. Sus contradicciones son aparentes. Ataca las injusticias sociales, económicas, etc. de la sociedad, en sus alocuciones, porque esos son ética católica como el aborto, divorcio o anticonceptivos, pero nunca como a “una clase victimada”. Eso sería aceptar católicos entre los explotados y entre los explotadores. Inadmisible división. Primero, está la Iglesia y su unidad.

La única unidad posible es la de la fe, y es para un polaco eso: estar dentro de la Iglesia. En la práctica, no hay otro interés que pueda aglutinar a los hombres. Al Vaticano II lo entendió al revés, metiendo al mundo dentro de la Iglesia, no a la Iglesia dentro del mundo. Para cambiar, precisaría nacer de nuevo, y justamente no en Polonia. No es irrespetuosidad...

El problema de la liberación se encuadra necesariamente en un cuadro eclesiológico bien ideologizado (como el de todos nosotros). Sin ideologías nadie puede vivir.

Son nuestras defensas inconscientes, de nuestros intereses “ocultos” como personas, iglesias, grupos, etc. La ideología, en la última instancia, es la defensa clandestina, con uñas y dientes, de nuestro lugar o el que quisiéramos tener.

Y el Papa defiende lo suyo: la Iglesia y su poder sobre (preposición importante) las masas. La liberación es la salvación del obrero y del patrón, no como tales, sino como bautizados en la fe... Parece ahora el ovillo más desenredado...

Que las masas no se vayan

Sobre la tensión Ratzinger – Boff, o mejor dicho, Vaticano “versus” Boff y algunos obispos brasileños, no vamos a decir nada. Uds., ahora, pueden armar sus propios ovillos. Por lo menos hemos desenredado hilos. Trabajen con uno, algunos, los que quieran. Es cosa de Uds.; justamente a eso apunto, tenemos que empezar a hilar nuestra propia madeja, entre muchos con los hilos que se pueda. Hay que hacerlo, aunque se nos enreden los hilos o nos enredemos entre nosotros.

(Al respecto se puede consultar Boletín *Sucedo en la Iglesia* – Colombia oct. 84 – y *Acontecer Evangélico* – oct. 84 – artículo de Rubem Alves).

Hay, sobre el hecho, interpretaciones disímiles, diferentes.

Para algunos, ganó Boff por puntos. La TL en América Latina es algo inexplicable. No se puede volver atrás, aunque queden puntos discutibles algo colgados o sueltos.

Para otros, ganó Ratzinger por puntos. La admonición del documento no es más que un signo moderno de la eterna inquisición.

Hay una tercera interpretación mucho más crítica. Por supuesto más discutida. Y dice que en el fondo de los fondos, hay un gran pacto tácito (sin decirse expresamente) entre Ratzinger-Vaticano-Roma, por un lado, y Boff-obispos-Brasil, por el otro. Consiste en algo así como... “Alboroten el avispero, pero por favor que las avispas (dije avispas y no “obispas”) vuelvan al panal”. Es decir, en el fondo nos entendemos, siempre que las masas no se nos vayan de la Iglesia (religiosidad popular en dos versiones compatibles...).

Roma insiste en un gobierno monárquico-oligárquico, con proyecciones dictatoriales. Los brasileños, en cambio, insisten en un sistema neoliberal de democracia representativa, con carácter de “populismo religioso”.

Otra vez, se discrepa en los modos de acercarse al pueblo. O una burguesía autoritaria o una burguesía demagógica. Papistas y no papistas, no quieren quedarse sin pueblo.

Un hilo suelto

Queda solito el hilo protestante en América Latina. Y ese lo conocemos bien de punta a punta. Es evidente que se da un cierto paralelismo con la Iglesia Católica Romana, en casi todos los fenómenos descritos. Aunque por su origen, y desarrollo, historia y doctrinas, los hechos se manifiesten con diferentes acentos, formas y medidas.

Lo que pasó al principio con España e Italia, sobre todo en la Iglesia Romana en América Latina, ha ocurrido con las Iglesias históricas y otras, frente a Alemania, países nórdicos y E.U.A.

Mientras fueron misiones dependientes del “extranjero”, se volvieron islotes culturales, ajenos al contexto, a los pueblos, a la problemática socio-económico-político-cultural de su inserción.

Cuando se nacionaliza, se vuelven independientes dejan de servir como instrumentos culturales a los intereses coloniales de los opresores.

Sin embargo, tampoco el Protestantismo en América Latina está exento de tres tentaciones (trampas) fundamentales:

(1) El desafío de “otra religiosidad popular”. Ya no pedirán a “la madre Iglesia”, bendiciones, peregrinaciones, etc ,pero seguirán reclamando desde las sombras y la marginación de su inestabilidad doliente, de todo tipo refugio, seguridad inmediata, claridad de salvación extra terrestre, un poco de opio para drogar su miseria, con sus mecanismos de culpabilidad, incertidumbre y miedo...

(2) Frente al pueblo, cabe también por un lado, atenderlo, escucharlo. Pero por otro lado, con sonoridad de megáfono, decirle en gritos verticales qué debe hacerse para estar salvo... Y la manipulación está acechando siempre...

(3) Al igual que los católicos de izquierda, manipular la Biblia. Y hacer del contexto, el texto comiéndose la Biblia, y por tanto, el Mensaje Siempre mas grande que la historia. Siempre *kerigma* cuestionante (que arranca) y dinámico de fe (que planta).

Es preciso el cuidado atento y lucido de la contextualización, no sea que devorado el texto, no sepamos para qué estamos los cristianos y la Iglesia.

(Véase en SIR – Buenos Aires – oct 84 – Entrevista a José Míguez Bonino)

Un paréntesis: Derechos humanos en América Latina

Hay un punto, que sería interesante, alguna vez, tratar entre nosotros. El asunto de los derechos humanos y las Iglesias Latinoamericanas.

1ª . posición: Derechos Humanos es política; política no es misión de la Iglesia.
Ergo: Derechos Humanos no es asunto de Iglesia (¡silogismo claro!).

2ª . posición: Derechos Humanos es parte integral y necesaria de la Misión de la Iglesia. Y la argumentación bíblico-teológica parece contundente.

3ª . posición: De acuerdo con la segunda. Pero, ¡cuidado! No perder jamás perspectiva crítica permanente y radical.

La defensa de los derechos humanos fue y es coyunturalmente algo urgente. En algunos lugares nadie la hizo fuera de cristianos o Iglesias. Hubo actitudes valientes y hasta heroicas de testimonio del evangelio.

Pero no está de más ubicar el problema siempre como consecuencia de algo más profundo, la de un sistema que ataque a mayorías silenciosas de miseria, hambre y demás derechos a la vida. La defensa de los derechos humanos, por su urgencia, no puede sustituir o tapar el desafío radical de un sistema, enemigo básico, impersonal y anónimo a veces, del evangelio de Jesucristo. Derechos Humanos será siempre atender los efectos de una causa fabricante de males diversos.

A punto de concluir la parábola del ovillo enredado, sólo resta preguntarnos sobre su moraleja. ¿Qué hacemos ahora con los hilos sueltos, tirados por el suelo?

Subsisten tres problemas, a la vez teológicos, históricos y pedagógicos. ¿Qué hacemos con las duplas:

- (a) libertad - poder
- (b) líder - pueblo
- (e) manipulación - liberación?

Conclusión

Quiero concluir ofreciendo aquí lo que puede llamarse “Diez axiomas, que a la vez son diez supuestos de toda educación participativa o también diez criterios de acción liberadora: (*)

1. Todo hombre *tiene su experiencia*. Vale la pena motivarlo a trasmitirla.
2. La más grave dominación es *no dejar participar* a los demás en el proceso de la comunidad.
3. La experiencia cultural es un *bien común*; debe estar a *disposición de todos*.
4. Es *en mini-grupo, no en multitud*, donde se encuentra la *libertad personal* y el sentimiento de *ser aceptado como persona*.
5. Jerarquía y principio de autoridad (líder) con *procesos de organización, no de relaciones personales* (entre personas).
6. Al madurar se tiende a rechazar *mando-obediencia*; y *exigir reciprocidad* y flexibilidad en el liderazgo.
7. La reflexión como discusión pensada y la discusión como reflexión hablada.
8. *El grupo como la situación natural* del individuo.

(*) Estos 10 puntos conforman el bosquejo de un trabajo sobre capacitación ecuménica y formación para la evangelización aún en proceso, con base en los trabajos de Lauro Olivera Lima, sobre: *Aprendices del Reino*.

9. *El grupo facilita la productividad.*
10. *Grupo:* la forma más adecuada para el proceso de comunicación.

Supone:

- Condiciones previas del trabajo
- Criterios de evaluación de un grupo maduro y productivo
- Orientaciones para un círculo de formación (capacitación-estudios)
- Actitudes del participante de un grupo
- ¿Cómo son las personas?

* * * *

Compromiso de fe y vida

Introducción: Perspectiva histórica

El Centro Evangélico Latinoamericano de Estudios Pastorales (CELEP) es una comunidad cristiana de personas comprometidas en una misma tarea y con Jesucristo el Señor y su evangelio. Por eso conserva flexibilidad de estructuras y apertura al cambio.

El CELEP es el resultado de un proceso histórico que se remonta a 1921, cuando se establece la Misión Latinoamericana (llamada entonces Campaña de Evangelización Latinoamericana). De esa Misión surge, en 1959 y bajo la inspiración de don Kenneth Strachan, el movimiento denominado “Evangelismo a Fondo”. Don Kenneth se identificó también con la defensa de los derechos humanos de los negros en los Estados Unidos, mantuvo relaciones constructivas y críticas con el movimiento ecuménico y fue uno de los primeros estrategas evangélicos latinoamericanos en asumir una actitud positiva hacia el *aggiornamento* que se producía en la Iglesia Católica de Juan XXIII.

Movilización evangelística, compromiso social y preocupación por la unidad de la Iglesia: he ahí los tres elementos del legado histórico que el CELEP heredó, y que continúan siendo los pilares de su ministerio.

En 1972, luego de una serie de reuniones preliminares en las que participaron estudiantes y profesores del Seminario Bíblico Latinoamericano y algunos miembros del personal del Instituto de Evangelización a Fondo (INDEF), se creó el Departamento de Estudios y Publicaciones de esta última institución. Su objetivo era contribuir al análisis socioreligioso de la realidad latinoamericana y a la reflexión teológica de los integrantes de INDEF, así como de los líderes de las iglesias con quienes se trabajaba en Centroamérica. En 1973 este departamento se constituyó en el Centro Evangélico Latinoamericano de Estudios Pastorales, que el 1 de enero de 1979 se estableció como entidad autónoma, bajo la dirección del Dr. Orlando E. Costas.

El proceso del cual es fruto el ministerio del CELEP se caracterizó por un rápido crecimiento y por la profundización teológica en medio de la crisis cada vez más aguda por la que atraviesa todo el Continente latinoamericano. Creemos que Dios tiene un mensaje de plena redención y liberación para nuestros pueblos y nos hemos comprometido a proclamarlo.

¿Cuál es la fundamentación bíblico-teológica de nuestro peregrinaje histórico y de nuestro presente ministerio? ¿Cuál es el aporte que en estos aspectos podemos ofrecer?

Por la naturaleza de su propio origen, el CELEP no inició su ministerio a partir de postulados teológicos predeterminados. Nuestro compromiso con Jesucristo, con su Iglesia y con el mundo por el que el Hijo de Dios dio su vida siempre ha sido el fundamento de nuestra confesión.

Ahora, en el presente documento, articulamos nuestra profesión de fe como testimonio de nuestro propio seguimiento de Jesús.

PRIMERA PARTE

Del Dios Trino

1. *Dios revelado en Cristo*

“A dios nadie le vio jamás, el unigénito Dios que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer”. Así concluye Juan el prólogo a su evangelio (1:10). “Él [Jesús el Cristo] es la imagen [visible] del Dios invisible”. Así introduce el apóstol Pablo su himno en la epístola de los Colosenses (1:15). A la luz del testimonio bíblico, confesamos que el punto de apoyo de nuestra fe y de nuestra reflexión teológica es Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios, “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3).

Al Dios creador – quien también manifiesta su amor y su justicia a través de sus hechos portentosos en la creación y en la historia humana – le plugo revelarse supremamente en la persona de su Hijo, el Verbo eterno hecho carne (Jn. 1:14). De ello dan testimonio las Sagradas Escrituras que como palabra viviente de Dios es profética, última e ineludible instancia crítica frente a toda opinión humana. La Palabra de Dios que nos ha hablado a través de los pueblos empobrecidos y marginados de nuestra América nos ha desafiado. Ella juzga y relativiza todas nuestras opiniones, tradiciones, prejuicios y aun nuestras propias interpretaciones de ella. El testimonio bíblico es la fuente y el fundamento normativo de la formulación teológica. En él se nos dice que Dios es como Cristo, por lo que para conocer a Dios hemos de mirar a Jesús.

Así encontramos que:

- 1.1. Dios revelado en Cristo se nos muestra como el Dios creador que está preocupado y comprometido con la historia humana (Ex. 3:7-9; Mt. 1:11,23).
- 1.2. Dios revelado en Cristo se nos muestra como el Dios de la vida plena, abundante y eterna (Deut. 30:15-20; Jn. 10:10).
- 1.3. Dios revelado en Cristo se nos muestra como el Dios liberador que busca al menesteroso, al desvalido, “al huérfano, a la viuda, al extranjero y al pobre” (Zac. 7:10 y Luc. 7).
- 1.4. Dios revelado en Cristo se nos muestra como el Dios que se da a sí mismo en su Hijo para redimir al género humano. Es el Dios de gracia (Heb. 1:1.3).
- 1.5. Dios revelado en Cristo se nos muestra como el Dios que en Jesucristo nos invita a participar de su misión en el mundo, para la extensión de su Reino de amor, justicia y paz, en la esperanza de su plena manifestación al final de los tiempos.

2. *Cristo, revelación de Dios*

Jesús el Cristo, como revelación de Dios, se constituye, por su muerte y resurrección, en el Señor (Fil. 2; Col. 1; Ef. 1:20-23). Él no ha renunciado a su señorío sobre su Iglesia, sobre la historia humana ni sobre el universo, todo. Porque es Señor es también nuestra salvación, salvación que se nos ofrece como dádiva divina – por fe sin

las obras de la ley – y como invitación a participar con él en el Reino. Por ello; con su muerte y resurrección Jesús el Cristo se constituye también en nuestra justificación (Rom. 4:25).

La justicia de Dios, donada en Jesucristo, demanda de nosotros actuar con justicia (Mt. 6:33; cf. Jer. 22:16 y Miq. 6:8), porque sólo el que hace justicia es justo (1 Juan 3:7). Esa es la justicia del Reino, cuyo código se ejemplifica en el Sermón de la Montaña, y que se expresa necesariamente en el amor al prójimo y en la realización de la paz.

A los justificados, Jesús los llama a “andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6; 1 Ped. 2:21), es decir, a vivir la realidad de la presencia – no plena todavía – del Reino de Dios. Este llamado tiene implicaciones importantísimas para todos los órdenes de la existencia cristiana. Significa:

- + vivir como él vivió (Mr. 10:45).
- + identificarse con quienes el se identificó (Mt 25:31-40).
- + luchar por lo que él luchó (Mr. 8:34).
- + amar como él amó (Jn. 13:1).
- + padecer como él padeció (Mt. 10:17.25).
- + actuar como el actuó (Jn 13:15).

3. *El Espíritu, vida de la Iglesia y poder para la misión*

El Señor resucitado deja a sus discípulos el Espíritu Santo, que es su Espíritu. Este continúa – en la Iglesia y en el mundo – la obra de Jesús. Sin él, ni la Iglesia ni los cristianos pueden ser realmente testigos o agentes de los hechos portentosos que el Señor realiza para redimir al mundo y establecer su Reino. Es el Espíritu con su fuerza creadora el que sacude a las personas y a las sociedades para crear conciencia de pecado, transformar vidas y formar una nueva comunidad: la comunidad del Espíritu o comunidad del Reino.

El Espíritu es poder; pero el poder del Espíritu es poder para el tipo de servicio que caracterizó al propio Jesús (Mr. 10:42-45) y para ser así sus testigos, (Hech. 1:8). No es el poder de la auto-preservación institucional, sino el que capacita a la comunidad para ser fiel al Señor y a su palabra (Apoc. 3:7,10) en el servicio al prójimo (Luc. 10:25.37), en medio de la aflicción y de la prueba (Apoc. 2:10).

SEGUNDA PARTE

Del Reino de Dios y de la Iglesia

4. *El Reino de Dios y el pecado humano*

Jesús inició su ministerio público con el anuncio de la venida del Reino (Mr. 1:14,15). Concluye su ministerio, después de la resurrección y antes de la ascensión, con las instrucciones que da a sus discípulos cuando les habla “de las cosas concernientes al Reino de Dios” (Hech. 1:3). Pablo, el apóstol de las gentes, proclama también la misma buena nueva (Hech. 14:22; 19:8; 20:25; 28:23) y pasa “dos años enteros en una casa particular alquilada”, en Roma, predicando el Reino de Dios “a todos los que iban a verle” (Hech. 28:30,31, versículos con que se cierra la crónica de Lucas).

La presencia del Reino desvela la magnitud del pecado humano: las fuerzas demoníacas se lanzan contra Jesús y se descubren a sí mismas en todo su horror. (De ello da testimonio, de manera particular, el Evangelio de Marcos. (Véase, p.ej., 3:6). El mal, que ha echado raíces en el corazón humano, se expresa de mil formas. La Sagrada Escritura – tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento – presta atención particular, aunque no exclusiva, a aquellas formas de pecado que consisten en la opresión contra el prójimo, sobre todo cuando se le quita a éste los derechos fundamentales a la vida, al trabajo, a la alimentación, al abrigo, a la Identidad cultural, la educación y al desarrollo sano e integral de su personalidad, y se le despoja así de su dignidad de persona.

También es explícita la Escritura en la condenación de pecados tales como el odio, las intenciones aviesas, la envidia, los celos, el adulterio, el engaño, y otros similares. (Rom. 1: 28-32; Gál. 5:19-21).

La venida de Jesús y del Reino de Dios pone bajo juicio toda forma de pecado: social y personal, estructural o individual; y demanda de cada ser humano una respuesta personal (en su propio contexto social) de arrepentimiento y fe, sin los cuales no hay salvación ni discipulado (Luc. 4:18-22).

5. *El Reino de Dios y la responsabilidad cristiana*

Como seguidores de Jesucristo y copartícipes con él en las tareas del Reino de Dios, nos abocamos a la reflexión y a la acción pastoral convencidos de que el que comenzó la buena obra la perfeccionará (Fil. 1:6). Confiados en esta esperanza – y con la certeza de que la victoria final pertenece a Dios (Rom. 8:28-39) – realizamos la tarea evangelizadora, de testimonio y de reconstrucción de la vida humana presa del pecado y de la opresión, hasta que todas las cosas sean reconciliadas, recuperadas y consumadas en Jesucristo (Ef. 1:9, 10). Como cristianos que vivimos esta esperanza creemos que será el Señor del Reino quien en su soberana voluntad lo instaurará definitivamente cuando así lo decida, que será cuando Jesús resucitado venga otra vez.

Toda sociedad tiene sus proyectos de realización plenamente humanos (utopías), que orientan y alimentan las acciones de sus miembros.

Estos proyectos de realización humana plena son de distintos signos ideológicos y tienen distintas probabilidades de concreción histórica.

Afirmamos que ningún proyecto humano de realización plena está en capacidad de desplazar o sustituir la realidad de la instauración del Reino de Dios. Creemos que en algunos proyectos de la sociedad se dan signos de justicia y de bienestar que son signos del Reino; pero también afirmamos que en estas, acciones humanas colectivas se estructuran acciones y proyectos que contradicen y niegan los signos visibles del Reino de los cielos (signos antirreino). Nuestro compromiso es con el Señor del Reino que nos convoca a ser signos de fidelidad y testimonio en cualquier proyecto de nuestra sociedad latinoamericana.

6. *La Iglesia*

Afirmamos nuestra fe en la acción soberana de Dios, Señor de la historia, dentro de nuestra historia latinoamericana, y declaramos nuestro compromiso con la Iglesia de Jesucristo, comunidad de redimidos cohesionados por el Espíritu Santo.

Celebramos la universalidad y particularidad de la Iglesia, su unidad en la diversidad, y nos identificamos, en esa diversidad, como parte de la tradición evangélica a la que le debemos los rasgos distintivos de nuestro ser como organismo de servicio.

Creemos que la Iglesia ha sido llamada a continuar la tarea de su Señor. Su misión es proclamar, de hecho y de palabra, el amor de Jesucristo (“las buenas nuevas a los pobres”). Ello incluye: el *anuncio* del perdón, para quienes con sinceridad de corazón se acercan a Dios en arrepentimiento y fe en Jesucristo; la *denuncia* de los poderes satánicos del odio que se expresan en la opresión personal y social; la *realización de la justicia*, que implica el confrontamiento con las fuerzas de la injusticia; y la *práctica de la paz* como pleno bienestar del ser humano (*shalom*) y la oposición a los poderes sanguinarios de la violencia y la guerra.

Creemos que el anuncio verbal sin el compromiso puede ser escapismo o indiferencia; y que la denuncia sin la palabra esperanzadora del evangelio es derrotismo.

Confesamos que Jesús es el modelo, porque él envió a sus discípulos como él mismo había sido enviado por su Padre (Jn. 20:21).

TERCERA PARTE

El CELEP y la Pastoral

7. *Evangelización y pastoral*

El CELEP concibe su ministerio como fidelidad al llamado de Dios a ser copartícipes con él en las tareas del Reino de los cielos.

Entendemos por evangelización la proclamación – de palabra y obra – de la buena nueva de Jesucristo: que Dios nos invita a ser ciudadanos del Reino y por ende sus colaboradores. Ello es posible sólo en virtud del amor de Dios, quien nos acepta en el

Reino. Por el arrepentimiento y la fe (Mr. 1:15) – hechos nueva posibilidad por el nuevo pacto que Jesús selló con su muerte y ratificó con su resurrección – recibimos el perdón de nuestros pecados y nos constituimos en *seguidores* de Jesucristo. Evangelización y discipulado (fe y fidelidad; salvación y seguimiento) *no son realidades separadas*.

La evangelización tiene que ver primariamente con la buena nueva que transforma la vida de los seres humanos para vivir, en esta historia, *en la perspectiva del Reino de Dios*, que alcanzará su plenitud al fin de los tiempos. La evangelización, *así entendida*, se constituye en tarea prioritaria del CELEP.

Por su mismo significado, la evangelización debe incluir *necesariamente* el llamado a la justicia y la paz, en amor y verdad.

Ello significa, para el CELEP:

7.1. Participación en el *ministerio de reconciliación* dentro y fuera del ámbito de las iglesias evangélicas, como llamado a la comunión con Dios (2 Cor. 5:18-21) y entre todos los seres humanos, en virtud de la obra realizada por Cristo.

7.2. Llamado a la conversión personal y corporativa, sin la cual la vida humana no lo es genuinamente.

7.3. Lucha – *en el contexto de nuestra vocación* – contra la injusticia y contra los poderes de explotación que subyugan al ser humano, en todos sus aspectos, como expresión de nuestra fidelidad a Jesucristo.

7.4. Identificación con los “hermanos pequeños” y con los marginados de nuestra sociedad (Mt. 25).

7.5. Contribución a la creación de una nueva comunidad humana en la que se hagan realidad los valores del Reino: prioridad de la vida humana, amor a Dios, servicio al prójimo, justicia, armonía y paz (*shalom*).

La enseñanza bíblica sobre la evangelización se vincula estrechamente con la perspectiva que el CELEP tiene de la *pastoral*. Esta define un *ethos*, que está caracterizado por la entrega incondicional (“El pastor modelo se desprender de su vida por las ovejas”) y por la promoción de la vida (“He venido para que tenga vida y esta rebose”), con particular referencia a aquellos que más sufren los efectos de los sistemas de muerte (Jn. 10:10, 11).

Para lograr esa meta, el CELEP realiza tareas que considera igualmente prioritarias, tales como el análisis crítico del quehacer pastoral de las iglesias en América Latina, la formación bíblico-teológica desde las comunidades cristianas y para ellas, la capacitación en áreas como la pastoral de la mujer, la pastoral de la comunicación, la pastoral indígena y otras expresiones de la pastoral integral; además, la producción y distribución de publicaciones cuyo contenido básico es de carácter teológico, misiológico y pastoral. Todo, ello es un aporte que busca rescatar los mejores valores de la iglesia en América Latina y su participación creativa y contextual en la expansión del Reino de Dios.

CUARTA PARTE

El CELEP en la perspectiva de la Iglesia Cristiana en América Latina

8. *Razón de ser*

La razón de ser del CELEP se da desde las situaciones diversas que la iglesia en América Latina presenta en sus diferentes fases de reflexión teológica, práctica pastoral condiciones orgánicas y presencia misionológica. De esta manera, el CELEP nace porque existen las condiciones reales para presentar una instancia de apoyo, acompañamiento y servicio que apunte a dichas necesidades.

9. *Perspectiva general*

El CELEP asume como vocación y misión fundamental, promover y realizar una reflexión y práctica pastoral consecuentes con el evangelio de Jesucristo, los mejores valores de la tradición evangélica, y las condiciones históricas y sociales propias de un continente subdesarrollado y dependiente que busca conquistar su propia identidad a partir de una auténtica transformación. De esta manera, el CELEP afirma la contextualización de su ministerio en la iglesia latinoamericana.

10. *La Iglesia en América Latina*

El CELEP concibe la especificidad de la iglesia latinoamericana a partir de factores históricos contextuales que la han conformado.

La iglesia en América Latina participa del proceso dinámico y conflictivo inherente a la realidad de dependencia que viven los pueblos de este continente. La iglesia ha estado condicionada por patrones teológico-culturales ajenos a su realidad que le han restado identidad misionológica y que la han fraccionado y descontextualizado.

Tomando en cuenta los factores mencionados, el CELEP, como parte de la Iglesia, concibe y comparte las limitaciones que tiene la propia Iglesia latinoamericana para el cumplimiento de la misión que le ha sido encomendada. Considera, sin embargo, que ella cuenta con una riqueza de valores bíblicos, pastorales e histórico-culturales que le permiten desempeñar un papel importante en el contexto latinoamericano.

11. *El ministerio del CELEP en el contexto de la Iglesia latinoamericana*

El CELEP como instancia de estudio, investigación y práctica pastoral se compromete a ser parte de la iglesia en América Latina, en sus distintas expresiones eclesiales, sean de carácter denominacional, interdenominacional y local (incluidas las comunidades de base), con el propósito de contribuir al fortalecimiento y desarrollo de su vivencia de la fe evangélica y a su testimonio profético y evangelizador.

Como parte de la Iglesia, el CELEP necesita también de los aportes, orientaciones, correcciones y apoyo del resto del Cuerpo de Cristo, para así realizar su ministerio en el contexto global del testimonio cristiano en América Latina.

En virtud de su doble identificación – con la iglesia y con el pueblo latinoamericanos – el CELEP percibe la posibilidad de dar también su aporte, de muy diversas maneras, al desarrollo de la iglesia en otras partes del mundo (particularmente en los Estados Unidos de América).

12. *El estilo de vida cristiano en el contexto de la Iglesia latinoamericana*

Este compromiso que asumimos implica un estilo de vida que debe caracterizarnos como Centro Evangélico Latinoamericano de Estudios Pastorales.

En el pensamiento bíblico, la obediencia creyente no constituye un “capítulo aparte” subsiguiente al interpretar y entender la Palabra de Dios; la obediencia es un elemento intrínseco del mismo acto de oír la Palabra. Puesto que la misma Palabra de Dios nos llama a *hacer* la verdad y no solo a comprenderla, no puede existir ninguna dicotomía entre reflexión y práctica de la fe.

Puesto que el mensaje bíblico abarca toda la realidad humana: lo personal y lo social, lo “religioso” y lo “secular”, lo histórico y lo transhistórico, y puesto que en el centro de ese mensaje están las grandes promesas de “bendición a las naciones”, del Reino de Dios que es Reino de “justicia, paz y gozo” (Rom. 14:17), y de una nueva creación (nuevos cielos, nueva tierra, nueva Jerusalén, nueva humanidad en Cristo), nos comprometemos a vivir, en el CELEP, de manera congruente con el carácter comunitario del Reino que anunciamos, lo que incluye: fortalecemos mutuamente en nuestra vida de oración y de reflexión, trabajar siempre en equipo, expresar positivamente nuestra fe en sus implicaciones económicas y políticas, y cultivar las relaciones interpersonales en un marco de respeto y solidaridad cristianos.

Por nuestro compromiso con una pastoral bíblica integral, nos empeñaremos en promover todas las formas de obediencia, cristiana y evangélica en todos los aspectos de la ética (tanto personal como social).

Nos comprometemos así mismo a acompañar a la iglesia latinoamericana, como parte de ella, en sus esfuerzos por ser fiel a su Señor y por encontrar nuevas y mejores formas de manifestar el carácter integral de la experiencia cristiana en su vínculo con la presente realidad histórica de nuestro Continente.

El futuro es del Señor

Yo, Jesús... soy el brote y el descendiente de la familia de David, la Estrella brillante de la mañana. El Espíritu y la Esposa dicen: “Ven”. Que el que escucha diga también: “Ven”. Que el hombre sediento se acerque, y quien lo desee reciba gratuitamente el agua de la Vida. El que da testimonio de estas palabras dice: “Sí, vengo pronto”.

— Amén, ven Señor Jesús.

Que la gracia del Señor Jesús sea con todos. Amén.

(Apoc. 22:16, 17, 20, 21. Versión Latinoamericana)